



Susie 68

Hoy presentamos dos breves e históricas reflexiones sobre la universidad en América Latina. Textos fundacionales que no sólo proyectan sino sustentan (o deberían sustentar) el quehacer universitario en nuestras regiones. “El discurso de instalación de la Universidad de Chile” (1843), de Andrés Bello y el “Voto por la Universidad del Norte” (1933), de Alfonso Reyes. Ambos discursos celebran y cuestionan la función pública de la universidad, en un esfuerzo por convertirla en mediadora entre los proyectos modernizadores de los gobiernos

INTRO DUCCIÓN

nacionales y las exigencias de las realidades locales. Esto los convierte en reflexiones críticas, en diálogos en torno a un debate de mayor profundidad: la función de la educación pública en nuestras sociedades. Son proyecciones de un deseo; son también demandas para cambiar el estado de las cosas. Educar, sí, pero de manera integral: formar sujetos autónomos, críticos, estéticos, capaces de reflexionar y actuar. El debate, como vemos, es antiguo; sin embargo, no ha perdido vigencia: muchas de las demandas no se han cumplido.

La universidad pública aparece en América Latina como consecuencia (como proyección) del ideario liberal ilustrado. Es el primer proyecto a largo plazo de las naciones emancipadas; la mayor esperanza del poder liberador de la ilustración.

Su puesta en práctica, sin embargo, se dificultó sobremanera durante los primeros años de formación republicana. Las crisis internas, las luchas de poder, los golpes militares y la inercia de los intereses conservadores, fueron obstáculos difíciles de sortear. Tras las victorias de Junín y Ayacucho (1824), se abre un periodo de desencanto: los sueños bolivarianos se rompen ante las fragmentaciones nacionales. Serán años de desesperanza, aunque la apuesta por la educación como principal vía de cambio seguirá con fuerza.

En México, por ejemplo, el gobierno liberal de Valentín Gómez Farías clausura la vieja y escolástica Universidad de México (1833) para abrir en su lugar una serie de institutos científicos laicos. Sin embargo, no será sino hasta la apertura de la Universidad de Chile (en 1843) cuando se inicia la modernización educativa en nuestra región.

La creación de la Universidad de Chile, decretada por ley el 19 de noviembre de 1842, marca un hito en los procesos modernizadores de la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano, y lo hace porque lejos de cumplir solamente con el papel de ser un órgano más del Estado-nación, se proyecta como un espacio para la concreción de una identificación cultural hispanoamericana. En el campo intelectual, su fundación representa la oportunidad de especializar la crítica literaria, de crear una crítica académica, inexistente hasta entonces. Poder producir un conocimiento nuevo, nuestro, era ya un paso más en la consolidación de la institucionalización del saber. Como sabemos, Andrés Bello fue designado su primer rector y a él correspondió la labor de pronunciar el “Discurso de instalación de la Universidad de Chile” el 17 de septiembre de 1843, en la víspera de la celebración del aniversario de la Independencia de Chile. José Victorino Lastarria, en sus *Recuerdos Literarios*, escritos más de treinta años después, describe aquel acto de manera elocuente: “La instalación se hizo por el presidente de la República, acompañado de

sus ministros, de sus comisiones de ambas Cámaras legislativas, de los tribunales y demás corporaciones civiles y militares...” Y más adelante confirmaba que: “El discurso del señor Bello se aguardaba con sumo interés...”

El crítico venezolano asume las responsabilidades del rector (responsabilidades que ya había hecho suyas desde los años londinenses), y se apronta a describir los deberes de la Universidad como institución social. Señalar esos deberes era no sólo necesario, sino entendible. Es cierto, la apertura de un espacio como la universidad es un logro personal de Bello, pero también un riesgo y, ante los ojos inquisitivos de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, Bello tiene que garantizar el respeto de la nueva institución a los órdenes establecidos (varios de los cuales ven con mucho recelo la instalación de una universidad). Pero igualmente debe asegurarse de que ese nuevo espacio posea su propia autonomía. Su fórmula es precisa: libertad dentro de la moral (desde luego, incluye aquí la religión) y la política establecidas. Sin embargo, esa libertad, en apariencia restringida, opera en el orden intelectual. Es una especie de delimitación de poderes: la Universidad acepta su subordinación política y moral a cambio de la libertad de reflexión; esto parece una contradicción: no lo es. Es una negociación. Bello sabe que es imposible salirse de los límites de las instituciones públicas, sin embargo trabaja dentro de esas fronteras, pero lo hace desde una perspectiva diferente. La Universidad no será un apéndice del Estado, será su complemento: he aquí su carácter moderno. Y su principal aporte lo constituirá el desarrollo de la cultura intelectual. A diferencia de la universidad colonial (soporte y legitimación del discurso ortodoxo monárquico-religioso), la nueva institución será productora (y no sólo reproductora) de un conocimiento positivo y público. Y en este punto es donde principia la parte más peligrosa de su discurso. El nuevo rector debe probar los beneficios de la instrucción especializada: “se me permitirá —nos dice— que añada [...] algunas ideas generales sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena.”

El progreso y el desarrollo poseen, desde esta perspectiva moderna, una certeza: “todas las verdades

SILA UNIVERSIDAD MODERNA YA SE HA INSTALADO EN LAS CAPITALES LATINOAMERICANAS, CORRESPONDE AHORA EXTENDER ESE FOCO DE ILUSTRACIÓN AL RESTO DE LAS REGIONES.

se tocan”, el conocimiento especializado, por tanto, no puede más que ser útil a la evolución progresiva del estado chileno. “¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad?” Se pregunta el rector para luego añadir: “¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil?” (La respuesta es sencilla: el desarrollo de la cultura intelectual. La comparación es, en este punto, inevitable. La civilización equivale al cultivo de las letras (a su estudio y propagación): así lo había anunciado desde su ensayo sobre *La Araucana* un par de años antes. Quien no la posee está afuera del proceso histórico: la república de las letras confirma a la república política. Es necesario, entonces, comparar el desarrollo del estado chileno con las “naciones bárbaras”. Debo aclarar, sin embargo, que para Bello la barbarie es más un estadio ágrafo, que una determinación racial.

En sí, el proyecto universitario responde a la urgencia de hacer operativa y sistemática la búsqueda y el deseo de elaborar y consolidar un pensamiento propio, el cual debe manifestarse a través del cultivo de la ciencia y las letras.

Lo mismo acontece, casi cien años después, con el texto de Reyes, sólo que el enfoque es “hacia el interior”. En cierto sentido, el “Voto...” es un complemento del texto de Bello. Si la universidad moderna ya se ha instalado en las capitales latinoamericanas, corresponde ahora extender ese foco de ilustración al resto de las regiones. Reyes articula esa tradición crítica que va de Sarmiento y Bello a Martí (la cercanía de su propuesta con el ensayo “Nuestra América” del cubano, es notable) y la convierte en una confirmación de nuestra identidad cultural. La Universidad del Norte nacerá no sólo para reproducir el conocimiento universal, sino para difundir la cultura de la región. Es una función dual: conocer y hacerse conocer. En este punto, su propia experiencia anima el texto: él tuvo que dejar su ciudad para completar sus estudios superiores, debió seguir el ritual de formación intelectual: viajar al centro, padecer el centralismo anacrónico. La apertura de la Universidad del Norte

sería una manera de democratizar la cultura nacional, o mejor dicho: de hacerla realmente nacional (donde se represente realmente la heterogeneidad del país y se evite caer en chovinismos inútiles).

Sin duda, la reforma educativa vasconcelista está detrás de esta confianza, pero también la crítica humanista de José Enrique Rodó. Reyes confía en el poder de acción y reflexión de las personas (no por nada ve al regiomontano como un modelo de ciudadanía): la universidad debe potenciar esa capacidad a través de la formación humanística. Crear sujetos críticos y autónomos que enriquezcan y a la vez cuestionen el desarrollo material y cultural de la región para concretar los ideales democráticos que alimentaron la revolución. Con la universidad se garantizaría, en la lectura de Reyes, la superación del estado militarizante que reinaba en el país tras la derrota electoral de José Vasconcelos en 1929. Poco a poco, los futuros universitarios harían de la vida pública un asunto civil y ético.

El “Voto por la Universidad del Norte” también devela un anhelo personal: completar la “función civilizadora” que cuarenta años antes había iniciado su padre, el general Bernardo Reyes. El largo gobierno reyista cimentó la modernidad material de la región; la universidad ahora crearía las bases para el desarrollo intelectual, para la modernidad cultural. Sería un proceso armónico (añorado desde los esfuerzos universitarios de Bello) que contribuiría a la prosperidad y felicidad de la región. Pero sobretodo que evitaría que la región se transformara sólo en una zona de producción, sin identidad ni pensamiento propio. Y al mismo tiempo, el impulso energético (esa ética del trabajo) de la región ayudaría a concretar un viejo anhelo: la profesionalización de la vida intelectual y artística.

He aquí los anhelos y proyectos de estos dos escritos: recordarlos hoy no es un acto de nostalgia, sino el recordatorio de una empresa pendiente. Mucho se ha avanzado desde entonces, pero mucho queda por concretar. La labor formativa y crítica de la universidad no termina nunca 🌀